

Cuentos de la Acequia

**Ilustraciones de los alumnos de "la Acequia"
Textos de Eduardo Martín y Cajal**



***Iniciación a la
lectura
C.E.I.P. La Acequia
Puebla de Argeme***



Prólogo

Cuando, por motivos de trabajo, visité el colegio "La Acequia" de Puebla de Argeme descubrí a un equipo directivo volcado en un bonito proyecto de iniciación a la lectura.

Ese proyecto consiste en una dinamización integral de las actividades de la biblioteca apoyada por una gran idea; pasar una noche con Octavio, que es la mascota de la biblioteca del colegio y ha sido creada por los niños del centro.

Los alumnos que han leído cinco libros de la biblioteca escolar en cada trimestre ven recompensada su actividad. Han conseguido un pase para tomar parte en las actividades programadas para un día de la última semana del curso.

Esas actividades consisten en unos divertidísimos talleres y juegos y en pasar la noche acampados en el recinto del colegio.

Tras una agradable charla en la que me explicaron todo este proyecto nos preguntamos:

¿Porqué no pueden los niños ser también autores de un libro?

Así nació la idea de que fueran ellos los encargados de ilustrar estos cuatro cuentos que presentamos a continuación.

Eduardo Martín y Cajal.

Han participado en la ilustración de este libro:

ALUMNOS: - Alcón Olivera, Pablo - Arroyo Corón, Adrián - Arroyo Rodríguez, Álvaro - Bernal Alcón, Bryan - Bertol Aragón, Adrián - Campos Marín, Álvaro - Carpintero Ollero, Alejandro - Franco Martín, Tania - Mateos Díaz, Julián - Palomero Roncero, Nerea - Roncero Gutiérrez, Francisco Javier - Rubio Martín, Ailen - Alcón Domínguez, Daniel - Alcón Macías, Erik - Bernal Alcón, Marian Irene - Clemente Martín, Lucía - Delgado Royuela, Victoria - Flores Pulido, Francisco José - García Gazapo, Jennifer - Garrido Vaquero, Alicia - Hernández Llanos, Pablo - López Moreno, Argeme - Mateos Alcón, Marta - Parra Corón, Álvaro - Perianes Paniagua, María - Ramajo Jiménez, Samuel y Simón Rodríguez, Alba

MAESTROS: - Silvia Álvarez Rodrigo - M^a Francisca Cabello Calvo y M^a Victoria Martín Ballesteros





Clasclás Patas Largas



Junto a la laguna había una roca donde se juntaban todas las tardes los pequeños animales del bosque.

Allí hablaban y bromeaban hasta la hora de dormir. Todos reían contentos menos Clasclás. Clasclás era una cigüeña vieja y solitaria. Se llamaba Clasclás por el ruido que hacía con su pico pero todos los animalitos la llamaban "Patas Largas" para burlarse de ella.



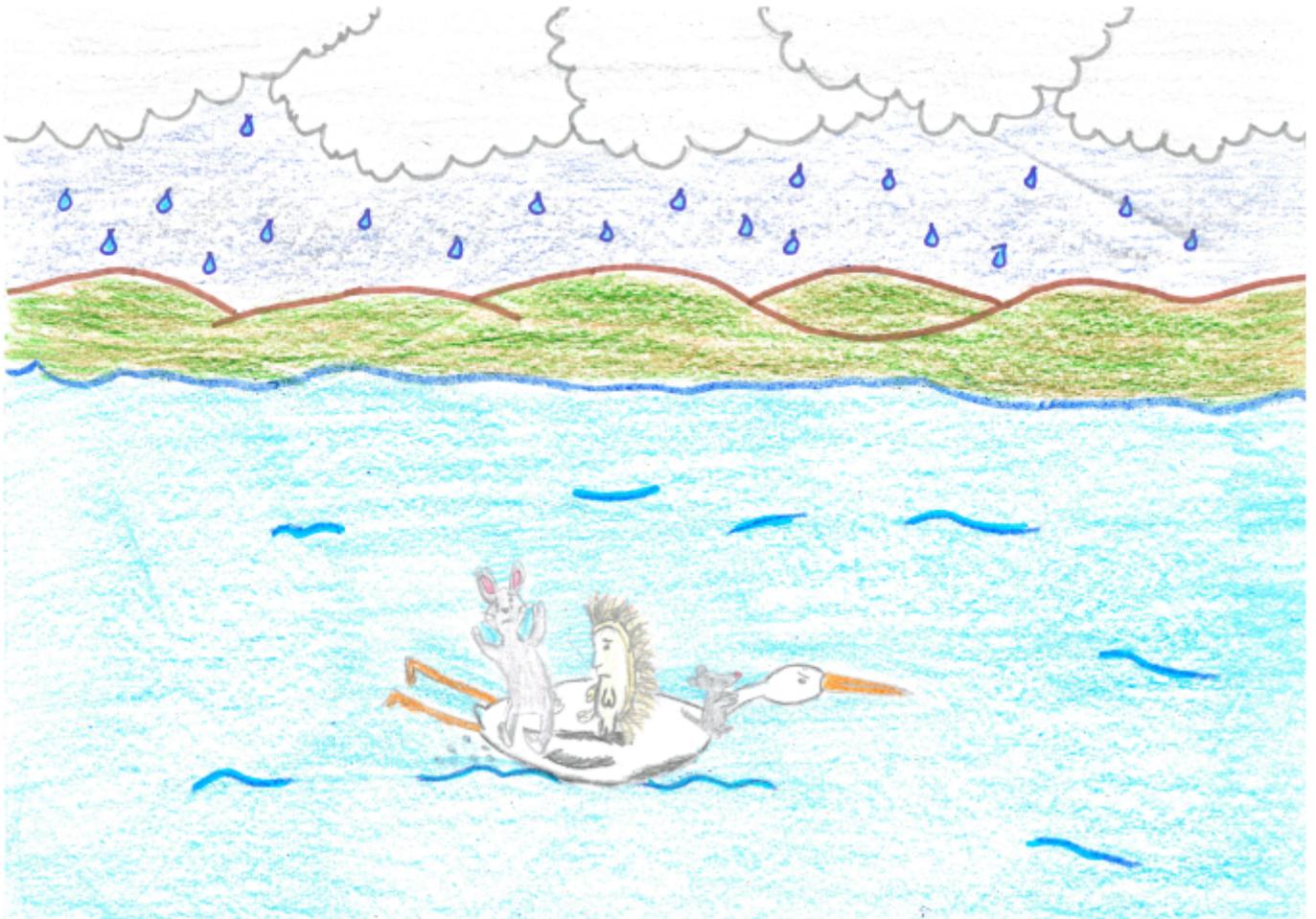
Todas las tardes acudía a la reunión pero no se quedaba. Los chistes y bromas de los demás la entristecían y la hacían marcharse. El erizo le preguntaba - ¿Qué tal tiempo hace allí arriba? y el ratón la llamaba larguirucha.

Clasclás no dejaba de acudir aunque todos los días el resultado era el mismo.



Una tarde lluviosa, cuando ya se había marchado y los animalitos estaban riendo, empezó a diluviar.

Refugiados en un hueco de la roca decidieron pasar noche allí y no volver a sus madrigueras. Llovió y llovió toda la noche y a la mañana se despertaron totalmente rodeados de agua. La laguna se había desbordado.





Veían como el nivel del agua seguía subiendo y les rodeaba. Estaban atrapados.

Pronto empezaron a gritar pidiendo auxilio pero nadie les oía. El agua subía y subía y empezaba a anegar la roca.

Subieron lo más alto que pudieron y gritaban y hacían señas en todas direcciones.

Desde el cielo Clasclás los vio en apuros y bajó hasta ellos. Se posó sobre la roca y los invitó a que se subieran en su lomo.

- Con tanto peso no podré volar pero os sacaré de aquí.

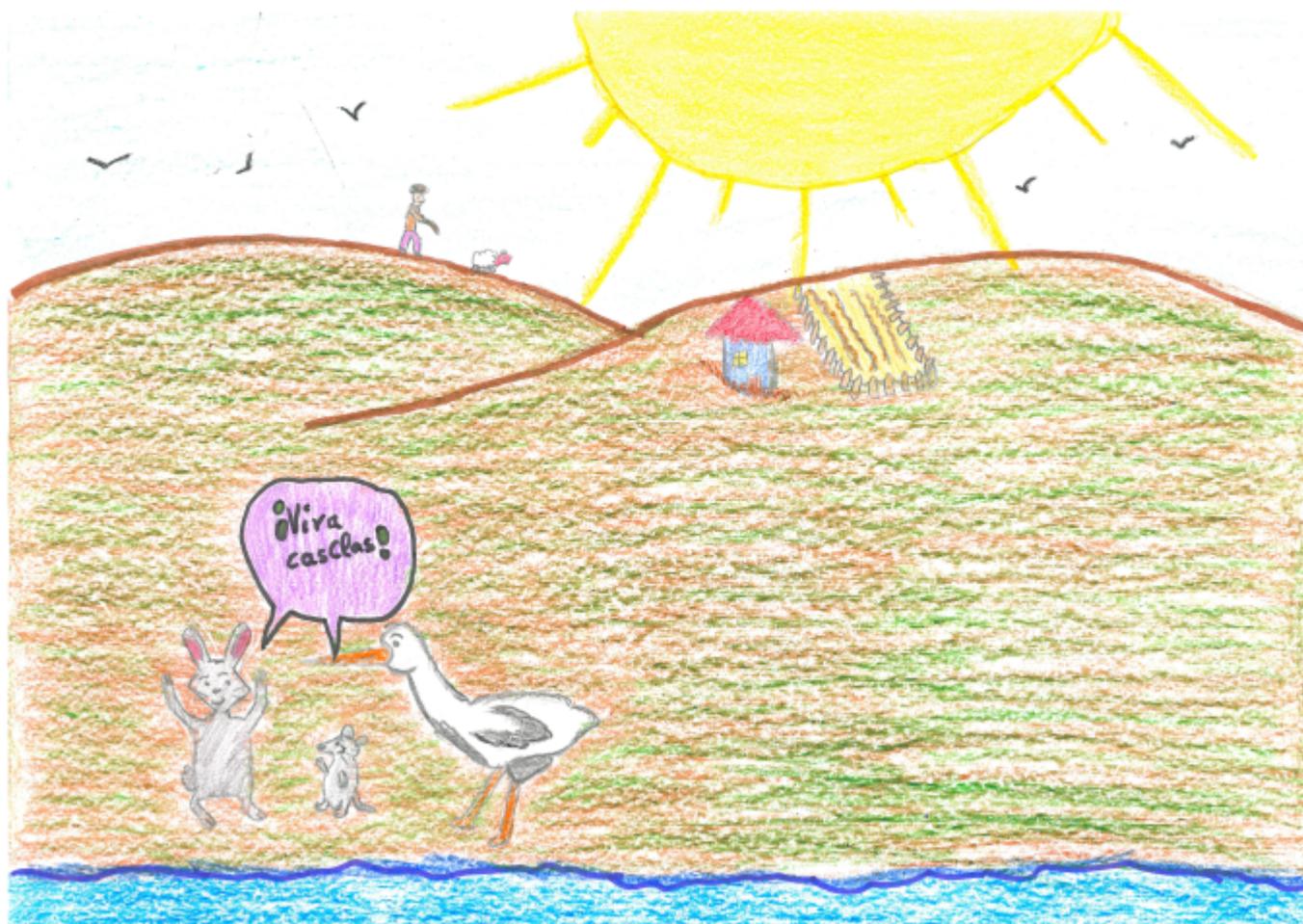
Empezó a caminar hacia la orilla. El agua le llegaba hasta el pecho pero siguió caminando hasta que dejó a toda la cuadrilla en el lindero del bosque.

Todos gritaron muy alegres:

- ¡Viva Clasclás! ¡Viva Clasclás!

- Me podéis seguir llamando Patas Largas, que no me importa.

Así todos los animales dejaron de reírse de sus enormes patas y la trataron con amistad y respeto.





El Castaño y el Helecho

El castaño contaba todos los días al helecho lo que veía desde su altura.

Los rebaños que pasaban el puerto o los peregrinos que recorrían la Vía de la Plata y hacían parada obligada en Hervás despertaban la curiosidad del pequeño helecho.



Todo lo que le contaba el castaño le parecía poco y daría lo que fuera por asomarse al Valle del Ambroz y contemplar aquel paisaje.

El viejo castaño disfrutaba con la compañía de su amigo y le seguía narrando las maravillas del valle.

Cuando llegó el otoño nuestro castaño quiso hacer un regalo al helecho. Se despojó de todas sus hojas para dejarle libre la vista.

El helecho contempló el valle y se sintió feliz.





El país del Arco Iris

En la aldea de Gaio vivían de cultivar los campos que rodeaban el pequeño poblado. Sembraban maíz y yuca en huertos muy cuidados que producían alimento suficiente para las veinte familias que allí vivían.

Las estaciones se sucedían con pasmosa constancia y puntualmente las lluvias regaban los campos y hacían fluir los arroyos con fuerza.

En la estación seca recolectaban la fruta madura en los bosques cercanos a la charca y pescaban en ella.

Aquel año algo pasó. Las lluvias no llegaron en su estación y los campos permanecieron amarillentos durante más de dos estaciones.



La comida faltaba y la tribu recurrió a enviar grupos de cazadores a las tierras vecinas. Con frecuencia volvían con las manos vacías.

Ante esa situación se reunió el consejo para buscar el origen del problema.

Zambú el anciano dijo:

- La Madre Lluvia se ha olvidado de nosotros y nos ha abandonado. Debemos buscar a la Madre Lluvia y pedirle que vuelva a nuestro pueblo.



Norán el cazador preguntó:

- ¿Donde vive la Madre Lluvia? ¿Dónde podemos encontrarla? ¿Quién irá a su casa para traerla de nuevo a la aldea?

El silencio fue su única respuesta. Todos pensaban que no podían abandonar a sus familias en una búsqueda que no tenía rumbo ni destino. ¿Quién cuidaría de las mujeres y los niños? ¿Quién traería el escaso alimento que mantenía a la tribu?

En el silencio buscaban respuestas mirándose mutuamente. Se debería enviar a alguien del que no dependiera una familia. Alguien que pudiera enfrentarse a trabajos y peligros desconocidos. Alguien como Gaio.

Gaio era un joven cazador que todavía no había buscado esposa. Era ágil y fuerte y gustaba de hablar con los más mayores y aprender de ellos. Escuchaba atentamente y hablaba con buen juicio. Durante las últimas lluvias permaneció dos semanas en la montaña pastoreando el ganado solo y regresó sin perder ni una sola de las cabras.

Todos sabían que era el hombre indicado pero no se atrevían a decirlo hasta que Hamma, su madre dijo:

- ¿No creéis que mi hijo aceptará ese trabajo? ¿No os ha demostrado estar dispuesto siempre a ayudar a la tribu?

Así se eligió al joven Gaio para emprender el camino de búsqueda hacia donde nadie sabía y de donde puede que no volviera.



- En una semana tendremos los preparativos para tu marcha, joven Gaio. - Dijo Zambú.



- ¿Para qué esperar tanto tiempo? - dijo Gaio - Mañana cuando el sol esté en alto me despediré de mi madre y partiré.

Así fue y comenzó a andar por el camino de la charca.

Caminaba a buen paso pero sin prisas ¿Por qué correr si no sabía hacia dónde debería ir?

Caminaba mirando a su alrededor y fijándose en los secos campos donde la brisa formaba pequeños remolinos de polvo.

Casi sin darse cuenta llegó a la orilla de la mermada laguna y paró a refrescarse.

- Hola Gaio – dijo una voz.

Sorprendido miraba a su alrededor sin adivinar quién le llamaba.

- No te asustes “Gran cazador” ja ja ja. En el bosque y la montaña no tienes rival pero en la laguna ni siquiera ves a quién te está hablando.



- Eres Campar el pescador. ¿Dónde estás?

- Aquí – Dijo Campar saliendo de entre los juncos. – Estaba buscando los pocos peces que quedan. Creo que me los he comido todos ja ja ja.

- Me gusta escucharte reír pero no tengo ánimos para acompañarte. – lamentó Gaio.

- Y ¿Qué pesares te traen por aquí?

- Me envía el consejo del poblado para encontrar a la Madre Lluvia y pedirla que vuelva a nuestro pueblo. Los campos están secos. Los pastos han desaparecido. El hambre debilita a nuestra gente. No sé dónde vive la Madre Lluvia, no sé por dónde empezar a buscar.

- No sé dónde vivirá – dijo Campar – pero el agua llega a la laguna por el río de la selva. Si yo tuviera que buscarla lo haría río arriba.

- Se nota que vives entre agua y la conoces bien. Seguiré tu consejo y marcharé por el río. Muchas gracias amigo, que tengas buena pesca.

Así marchó durante días por el cauce seco del río. Recordaba sus tiempos de niño cuando se bañaba en aquel río con los demás críos del poblado. Recordaba cómo



Campar le enseñó a cazar cangrejos y ranas. Recordaba que un día aquella franja pedregosa fue un amplio río.

Tras muchos días de marcha el camino empezó a ir en cuesta y el cauce se estrechaba. Cada vez eran más frecuentes grandes rocas que formaban presas donde se acumulaba algo de agua.

Una tarde divisó a lo lejos un rebaño de cabras pastando a la orilla de un agonizante arroyo. Se acercó y vio al pastor. Era Obar el padre de uno de los jóvenes con quienes años atrás jugaba en aquel mismo río.

- Hola Obar. ¡Mucho tiempo sin vernos!

- Hola muchacho. Hasta aquí tengo que traer mis cabras para que tengan algo que comer. ¿Qué te trae tan lejos del poblado?



- La Madre Lluvia no ha vuelto este año por nuestro pueblo y el Consejo me ha enviado a buscarla para pedirla que no se olvide de nosotros. Campar el pescador me ha dicho que el agua llega a la laguna desde el río y por eso estoy remontándolo.

- Pues no te ha dado mal consejo. Hace años subí a la montaña y conocí a Amunhara, la vieja bruja que allí vive, y me contó que al otro lado de los altos picos hay una tierra a la que llaman el País del Arco Iris. En ese país los árboles son enormes, tan grandes que la luz del sol no llega al suelo. La lluvia cae todos los días al atardecer y el Arco Iris pinta el cielo de toda la región.



- Me llenas de esperanzas, Obar, Ya me falta poco. – Dijo Gaio.

- No te confundas hijo. – Contestó Obar muy seriamente. – Los picos de las montañas son muy altos y ni mis cabras son capaces de subir allí.

- Me acabas de hundir. ¿Cómo voy a llegar a ese País del Arco Iris si me encuentro a los pies de una muralla infranqueable? – Sollozó Gaio.

Ambos quedaron pensativos durante largo rato y el desaliento invadió el corazón del joven guerrero.

- Come algo y duerme, mañana pensaremos algo.

Bebieron leche de cabra y comieron pan de maíz antes de acostarse a dormir. Tardó en llegar el sueño pero el agotamiento arrastró a Gaio a un duermevela intranquilo y las pesadillas se le aparecieron en forma de un gran muro de piedra que se le venía encima y las caras de los niños del pueblo llorando de hambre.



Al día siguiente se despertaron helados por el rocío de la mañana. Comieron algo y salieron a llevar las cabras a pastar.

- No sé si te puede servir de algo pero tengo una idea. – Dijo Obar.

- ¿A qué te refieres?

- Amunhara. Sólo ella te podrá decir cómo llegar pues sólo ella ha visto aquellas tierras. – Obar continuó hablando. – Debes subir la montaña y buscar un bosquecillo de árboles negros, antiguos y tristes. Es un bosque pequeño. No entres en el bosque, quédate en el lindero y di “paz Amunhara y saludos de Obar”.



- ¿Me recibirá?

- Amunhara agradece cualquier visita mientras no entres en su bosque. Es muy celosa de sus secretos y hechicerías. Seguro que te ayuda.

- Marcharé ahora mismo. Muchas gracias amigo.

- Buena suerte muchacho.

Con el corazón acelerado caminaba por la pendiente, ayudándose con las manos y oteando en busca del hogar de la bruja.

Al medio día divisó una columna de humo y hacia ella se dirigió.

Encontró un pequeño bosque como le había dicho Obar.

Se acercó lentamente hacia el lindero. Era un joven decidido pero vacilaba.

El bosquecillo desprendía un aroma de tierra húmeda y azaleas y parecía que el mundo enmudecía a cada paso que daba.

Se detuvo ante aquellos árboles ancestrales de los que surgían rumores graves y acompasados. Era como si el bosque entero cantara una antigua canción de la que no se podía entrever la letra.

Estático, ausente, como en un profundo trance hipnótico permaneció en pie sin moverse lo más mínimo. Su corazón se aceleraba por momentos pero él sentía como si entre latido y latido pasara una temporada entera de lluvias.

- Este Obar no sabe guardar un secreto. – Dijo una voz desde el fondo del oscuro bosque.

Saliendo de su trance Gaio escudriñó la maleza en busca de quien le hablaba sin llegar a ver nada.

- ¿Eres Amunhara? – Preguntó titubeante.

En ese momento sintió una presencia a su espalda. Como salida de la nada tras el apareció una hermosa joven de piel canela y larga cabellera negra. Su vestido del color del cielo de verano dejaba entrever unas formas suaves.

El aire se llenó de aromas de flores y melodiosos cantos.

- ¿Tu qué crees? ¿Seré yo la vieja bruja de la montaña?

- No sé, eres joven y bella. – Balbuceó Gaio. - ¿Quién eres?

- Los años que he vivido no los podrías contar pero me presento ante ti con la apariencia de una joven para mitigar tus temores. Tú eres Gaio, el enviado del Consejo. Mucho has recorrido hasta aquí y mucho te queda por recorrer.



El joven estaba eclipsado por la belleza de la bruja de la montaña. En su cabeza los pensamientos chocaban entre sí y las preguntas se agolpaban en su boca queriendo salir de forma que ninguna era capaz de escapar de sus labios. El temor a lo sobrenatural luchaba con su determinación a concluir su misión y llevar la lluvia hasta su querido hogar.

- Obar dijo que tú has visto el País del Arco Iris. – Dijo tras un gran esfuerzo.

- No te ha mentado el pastor. Yo conozco cada rincón de la Tierra, cada estrella del firmamento y cada alma del hombre.

- ¿Cómo puedo llegar allí? – Dijo no sin temer ofender a la bruja.

- Nadie ha podido nunca escalar las enormes montañas que cierran el camino. Ningún hombre ha pisado jamás la tierra mágica del País que está siempre verde. Sólo llegará allí el que no se rinda, el que se esfuerce hasta su último aliento y, así, demuestre ser digno de alcanzar la morada de la Diosa Lluvia.

- Pero ... ¿Cómo podré intentarlo? ¿Cuál es el camino que tengo que tomar?

- No hay camino que tomar, no hay sendero ni puerta mágica que te pueda llevar al otro lado. – Sentenció Amunhara.

Una mezcla de pena y desaliento se empezaba a apoderar del espíritu de Gaio



pero recordó a las gentes del poblado, a los niños que esperaban un milagro y se rehízo en su ánimo.

- Subiré por las rocas. Me levantaré cuando caiga. Seguiré cuando mis piernas digan que no pueden más

- Veo que de verdad tienes determinación. Te voy a ayudar a cumplir tu misión. Te prestaré unas alas para que puedas volar sobre las montañas y cumplir tu misión.

- ¿Unas alas? – Preguntó incrédulo.

- Si. Unas alas mágicas que te elevarán sobre los más altos picos. Pero debes volver antes de dos días a devolvérmelas porque si no se te quedarán pegadas a tu cuerpo y ni siquiera con mi magia podría quitártelas.

Con un movimiento de su mano ante los ojos del guerrero hizo que este cayera en un profundo sueño.

Al despertar Gaio vio sus brazos cubiertos de blancas plumas y estuvo largo rato observándolos sin salir de su asombro.

Cuando pudo reaccionar se giró buscando a Amunhara y ya no estaba allí, así como el bosquecillo. Habían desaparecido.





Asombrado empezó a agitar los brazos, primero con suavidad y después vigorosamente hasta que se elevó unos palmos del suelo. Vio que volaba y se aplicó con más esmero en la labor.

Dirigió su vuelo hacia la cumbre que vio más próxima y voló con rapidez sobre las rocas de la ladera. Mantenía un buen ritmo y veía la cumbre cada vez más cerca.

En un par de horas alcanzó la cima de la montaña y contempló cómo tras ella se elevaban otras mucho mayores. Agitó sus blancas alas con mucha más fuerza. Con la fuerza de la obstinación que le remontaba por sobre cerros y pedregales.

Llegada la noche aún no había terminado su ascensión y las alas empezaban a pesarle. El frío aire de las alturas le hería la piel y el cansancio le hacía perder el ritmo de vez en cuando.

Decidió perder todo el peso que le estorbara y soltó primero su arco y su aljaba. Más tarde se libró del zurrón y terminó por despojarse de toda la ropa.

El viento le frenaba y la oscuridad le obligaba a mantenerse muy alerta, vigilando las sombras para no estrellarse contra las verticales paredes que se interponían ante él.

El agotamiento iba apoderándose de todo su cuerpo cuando el alba le anunció la llegada de un nuevo día.





El tímido sol saliendo entre las cumbres le dio nuevos ánimos y calentó sus ataridos músculos.

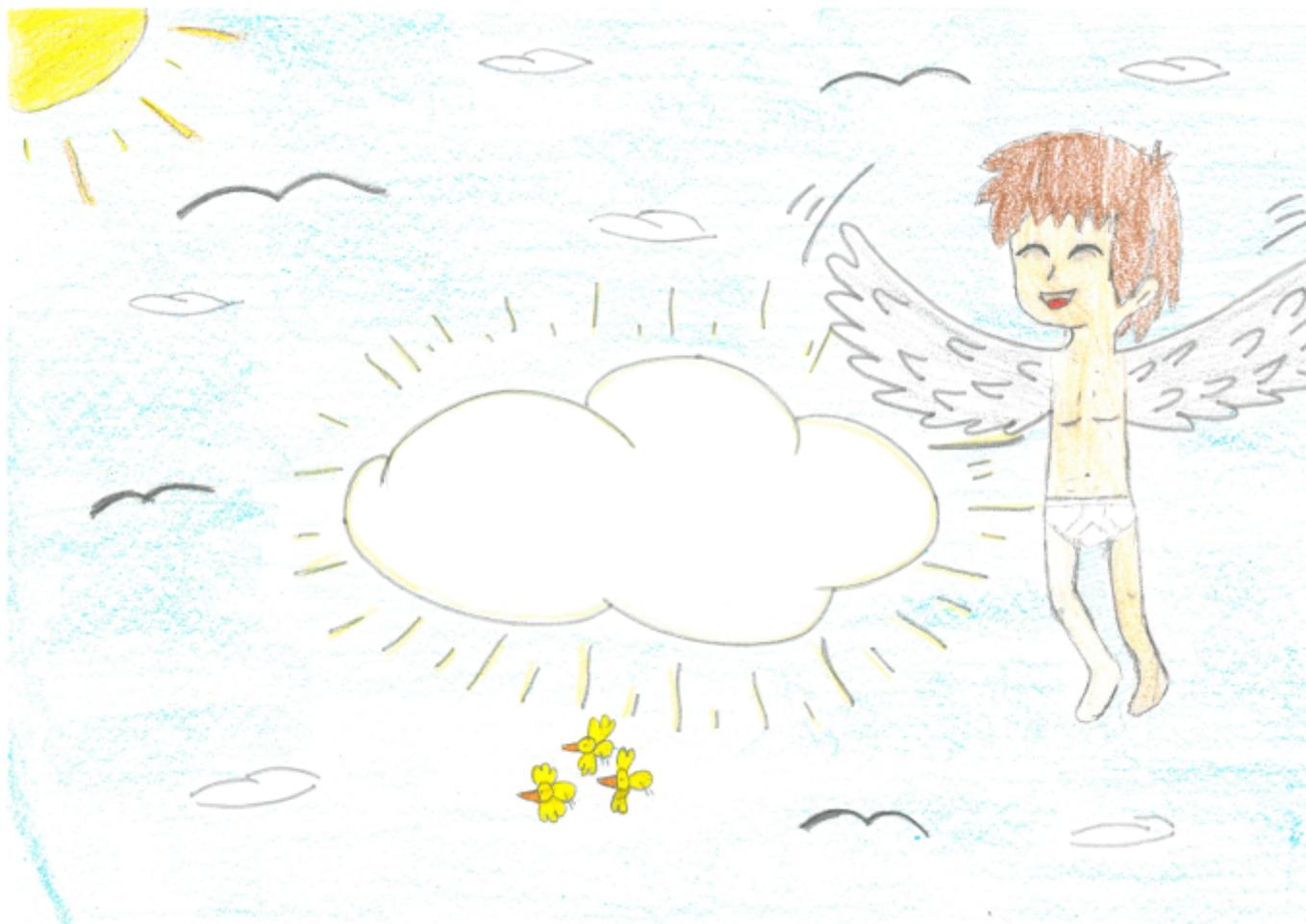
En verdad ningún hombre podría escalar aquellos gigantescos riscos. Ningún humano resistiría aquella ascensión sin perder pie y caer al vacío.

Al medio día el sol le daba de plano en la espalda y hacía más doloroso cada batir de alas. La respiración era sumamente trabajosa y no sentía más que dolor en sus músculos.

Al caer la tarde se movía como sin voluntad propia. Su consciencia dormía sin dormir el cuerpo. Los movimientos mecánicos de sus alas empezaron a ser descompasados y varias veces se sorprendió cayendo al vacío.

Cuando estaba a punto de rendirse y tomar tierra una fina y fría lluvia le sacó de su marasmo. La lluvia corría por su rostro y empapaba las alas haciendo más penosa si cabe la tarea de batirlas.

Entre los girones de nubes que se arremolinaban frente a él vio un paso entre dos montañas. No se dirigió al paso pero la fuerte brisa le arrastró allí y no tenía voluntad ninguna para luchar contra el viento.





Al alcanzar el paso un rayo de esperanza iluminó sus ojos. Tras aquellas montañas se abría un amplio valle. La nieve cubría las altas laderas mientras por el valle corrían cientos de arroyos para unirse en un gran río. El río era como una cinta plateada ribeteada de árboles gigantescos.

El último sol del día arrancaba de las nubes un abanico de color que abarcaba el valle entero.

Había llegado al País del Arco Iris.

Se dejó caer planeando sin fuerzas hacia el corazón del valle.

Se posó, mejor dicho, se dejó caer entre las ramas del más grande de todos los árboles de la ribera y allí permaneció, inmóvil, contemplando aquel paisaje maravilloso.

Ante él se formó una pequeña nube blanca que se le acercaba. Era como una nube más hasta que estuvo muy cerca de él.

En un momento la nube fue mudando de forma, como si un remolino de aire la hiciera girar sobre sí misma, como en una dulce danza.

Con los cansados ojos semiabiertos le pareció ver que la nube tomaba forma humana. Por el contorno se podría haber comparado a la más bella de las mujeres que Gaio hubiera visto.

Se acercaba majestuosamente y parecía que le extendía su mano para sujetarlo. Sintió que le abrazaban y le transportaban hasta un claro manantial y le depositaban con extrema suavidad sobre la blanda hierba.

- Por fin llegaste joven Gaio. El más valiente y esforzado de entre los hombres.

Gaio salió de su sopor y observó a quien le hablaba.





- Amunhara – Exclamó sorprendido. - ¿He vuelto atrás al bosquecillo? ¿Dónde está la Madre Lluvia?

- Yo soy quien buscas y tu esfuerzo será recompensado. Iré a tu poblado y regaré sus campos. Ahora descansa mi joven guerrero.

Gaio estaba en el suelo agotado. Sus últimas fuerzas hacía tiempo que las había agotado y volvió a caer en un profundo sueño como le ocurrió junto al bosquecillo. En un movimiento reflejo alzó el brazo buscando con qué arrojarse y Amunhara, la Madre Lluvia le entregó un pedazo del Arco Iris con el que se tapó.

Gaio estuvo felizmente dormido tres días con sus noches. Era un sueño tranquilo. Ante sus ojos se le aparecieron las gentes del poblado felices, bailando de alegría bajo la lluvia y los niños saltaban de un charco a otro.

Gaio jamás regresó al poblado. Quedó para siempre en las verdes tierras del país del Arco Iris. Por su esfuerzo llegó a ser una divinidad y fue siempre joven junto a la bella Amunhara. Allí sus descendientes mantienen pegadas a su cuerpo unas alas que no pudo devolver a tiempo pintadas con un pedazo del Arco Iris.

En las hermosas tierras de ese país alguno de los descendientes de Papá Gaio y la Madre Lluvia todavía conserva la capacidad de hablar y les gusta volar hasta el árbol más alto de la ribera y recordar las hazañas de un joven que dio el máximo por su gente.





Desde su ventanita

Era jueves por la tarde. Nuria preparaba las maletas para volver al camping mientras Rodrigo y Verónica acumulaban un sin fin de juguetes, pegatinas, pinturas y otros enseres pensando en el verano que estaba por llegar.

El viernes sería el último día de cole para los peques y el día en que volveríamos al camping para quedarnos.



Almudena jugaba en el suelo de la habitación con la caravana de Playmovil y sus Fashion Pollys.

No debía trabajar por las tardes a esa altura de junio pero acababa de vender una máquina y decidí aprovechar la tarde para hacer la instalación e instruir en el manejo al personal.

Cuando llegué a casa Manuel salió a recibirme gritando "a vana, a vana, pampin".

No podía parar, estaba frenético, no dejaba de correr sin rumbo por el pasillo arrastrando su triciclo y gritando una y otra vez "pampin".





Cenamos todos juntos pero Manuel no probó la papilla, no dejaba de moverse y estaba muy intranquilo.

La noche era calurosa y húmeda, pues, hasta el día antes, habíamos tenido las tormentas de junio. Esas tormentas que empiezan secas y con fragor de truenos lejanos, alumbradas con mil destellos de relámpagos que hacen dibujarse los perfiles de las casas sobre el más negro de los cielos y que, antes de desaparecer riegan en un momento campos y calles hasta hacer regueros turbulentos.



Nos acostamos y Manuel dormitaba entre Nuria y yo con un sueño inquieto, activo y febril que nos hizo encender la luz varias veces hasta que decidimos ponerle el termómetro. Tenía 37,5°.

Tras refrescarle comentamos:

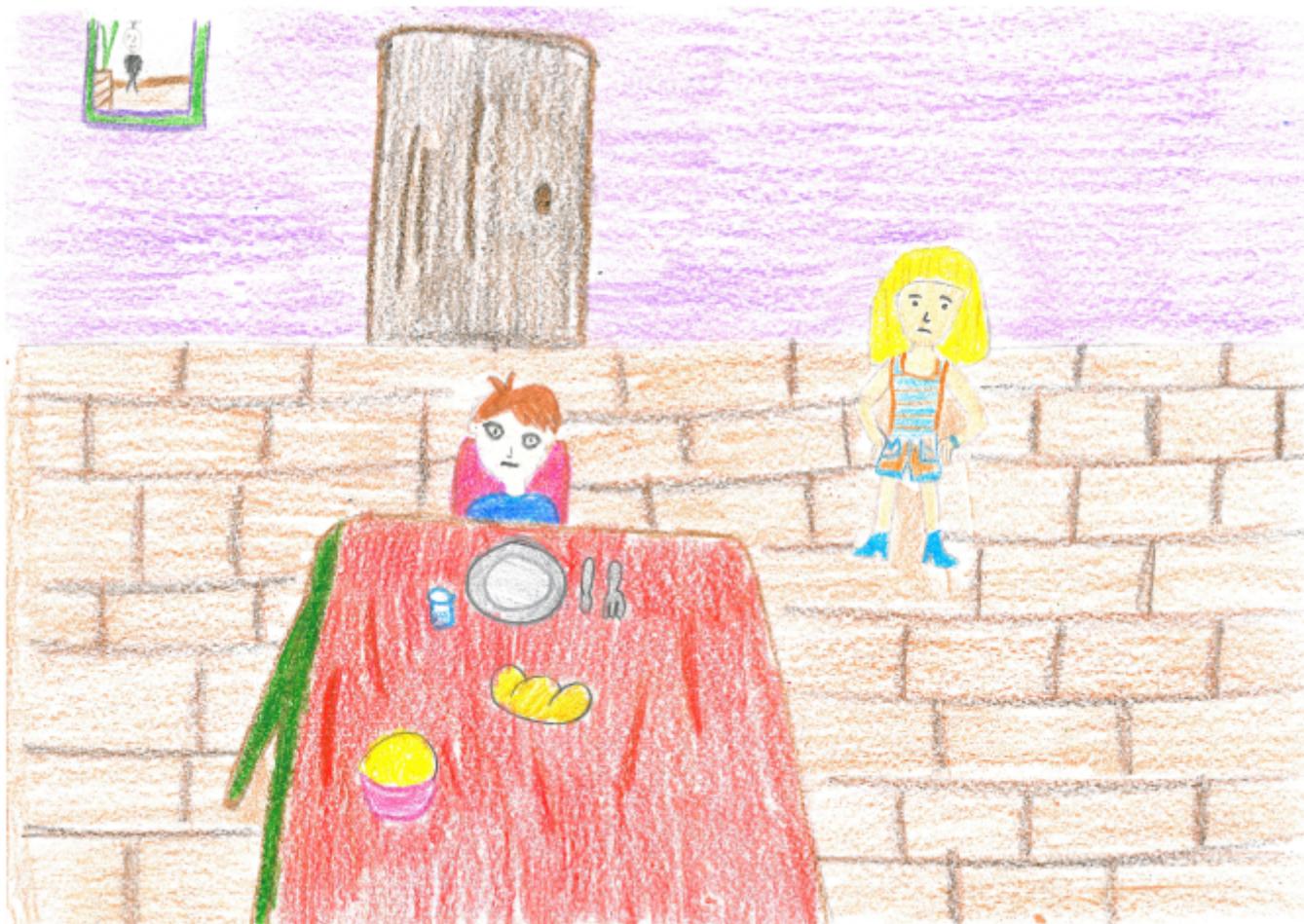
- Nuria dijo: - Si el niño no está bien vamos al camping el sábado o el domingo.

- Nos vamos mañana. Si está mal tenemos casi la misma distancia hasta el Centro de salud desde casa o desde el camping. - Dije yo.

En la mañana del viernes fui a trabajar y atendí sólo los avisos más urgentes para poder volver a casa a la hora de comer.

Llegué a casa y Manuel no salió a recibirme. Estaba sentado en la cocina con ojos soñolientos ante su plato de puré sin tocar.

Estaba pálido y triste. Ausente del trajín que hervía en la casa. Ajeno al rimero de bártulos que anegaban la entradita del piso y que esperaban a ser cargados en el remolque.



Comí algo y me acosté la siesta con Manuel. No podía estar un minuto en la misma posición, se movía como un rabo de lagartija con movimientos bruscos y continuos.

Me costaba trabajo abrazarle, pues cambiaba de postura de forma continua. Me dio la impresión de que le estaba subiendo la fiebre.





Como no pude dormir me levanté y fui bajando y cargando aquella inmensidad de bultos y maletas en el pequeño remolque. Lo sujeté con las gomas y lo enganché a la furgoneta.

Cuando subí a casa todos tenían puesta su merienda y yo me encontré con un café.

En silencio cogimos a Manuel dormido y toda la familia bajamos a la calle. Montamos en la furgoneta y marchamos hacia en camping.

Al llegar metimos al pequeño en la caravana y le dejamos acostado en la litera con uno de sus peluches mientras fuimos descargando y colocando toda la impedimenta que necesitaríamos durante ese largo verano.

Cuando fui a colgar mis camisas en el armario me acerqué a Manuel. Algo debí hacer porque se sobresaltó y abrió los ojos.

Cuando por su pequeña ventanita vio las caravanas y tiendas de los vecinos se quedó un rato mirando en silencio y, después, tras un hondo suspiro, cerró los ojos y se dibujó una plácida sonrisa en su cara.

Ya estaba en casa.



OFIPLA

Copiadoras y sistemas de impresión
Avda. Donantes de sangre, 20
10600 Plasencia
Tlf.- 927 42 70 70
www.ofipla.es

